

la corona de hierro, y volvió, para decirlo así, como yendo en la comitiva de aquel. Los honores que recibió en Lyon y en Turin excedieron seguramente en magnificencia á las fiestas celebradas al paso del Emperador¹. Á estos honores se juntaron además muy santos y dulcísimos consuelos; pues al pasar por Turin, consiguió Pio VII, por medio de su intervencion personal, la renuncia de su silla episcopal, que hasta entonces se habia reclamado en vano del Arzobispo; y Scipion Ricci, promovedor del sínodo de Pistoia, se mostró dispuesto á una sincera reconciliacion con la Iglesia. Apenas llegado el Soberano Pontífice á Roma, se dirigió á los Cardenales, en un consistorio secreto, para darles cuenta de los resultados de su viaje, tomó otra vez con firmeza las riendas de la administracion, y se dedicó con toda su alma al gobierno de la Iglesia universal, procurando al mismo tiempo hacer florecer las artes en sus Estados.

§ CCCXC.

Desavenencias entre el Papa y el Emperador.

FUENTES. — Fragmentos relativos á la historia eclesiástica de los primeros años del siglo XIX. París, 1814. Correspondencia auténtica de la corte de Roma con la Francia desde la invasion del Estado romano hasta el rapto del Soberano Pontífice, 1809. Véase A. Menzel, *Historia de los tiempos contemporáneos*, lib. II y III. (*Historia universal de Becker*, t. XIII y XIV). Obras de Pacca. *Artaud*, lib. II. (Véase el § CCCLXXXIX).

El descontento que el Emperador habia manifestado al Papa durante su permanencia en París, y que no se fundaba solo en impresiones pasajeras, iba en aumento y pronunciándose cada vez mas. Despues de haber usado el Emperador de la influencia del Papa para sancionar su poder á los ojos de los pueblos; despues de haber introducido en el Catecismo francés que: «oponerse al Emperador consagrado por el Papa era exponerse á la condenacion eterna; y que uno de los primeros deberes del cristiano era «sujetarse al servicio militar, por el que habia restablecido la au-

¹ Nueva historia de la Iglesia cristiana, lib. II, p. 306-42.

toridad de la Iglesia;» embarazado con la existencia de un poder superior al suyo en la opinion de los hombres, concibió el pensamiento de subyugar al Pontificado, de la misma manera que habia sometido el cetro de los Reyes á su imperial supremacia. Para esto era menester entrar en hostilidad abierta con el Papa, y para ello seguramente no habian de faltar pretextos. En efecto, poco despues de la coronacion en Milan (26 de mayo de 1805), expidió el Emperador muchos decretos desfavorables á la Iglesia. Creó una comision encargada de aplicar en Italia el código civil francés sin ninguna modificacion, y nombró obispos italianos, contra lo dispuesto en el Concordato¹ hecho para la República cisalpina. El Papa les rehusó la institucion canónica, y el asunto quedó en suspenso durante la campaña de 1805. «El Rey de Inglaterra y el Emperador de Rusia, decia Napoleon, son muy dueños en «su casa: ellos arreglan de una manera absoluta y sin intervencion de nadie los asuntos religiosos de sus países.» De este modo iba ensayando el proyecto muy deliberado de destruir la influencia de la Santa Sede. Siguió en la ejecucion de su plan, apoderándose del puerto y ciudad de Ancona; violando, por consiguiente, la neutralidad del Papa, reconocida por todas las potencias, y exponiendo así los Estados pontificios á las represalias ejercidas contra la Francia; pidiendo, mas adelante, el relevo de todos los que no le gustaban en el personal de las embajadas en Roma, y exigiendo, en fin, que el Papa cerrara sus puertos á los buques de Inglaterra, so pena de ver á las tropas imperiales ocupar la marea de Ancona². «Vos sois el soberano de Roma, y yo soy el Emperador: mis enemigos deben serlo vuestros,» decia Napoleon con una lógica tan audaz como peregrina, en una carta dirigida al Papa en 13 de febrero de 1806. Rechazando el Pontífice una proposicion que habria envuelto al Padre de la cristiandad en cualquier guerra, segun el antojo del Emperador, declaró que le era imposible, sin mancillar su honra, sin atraer sobre sí el odio universal de la Europa, y sin hacer traicion á su deber y á su conciencia, exponerse á ser enemigo de todos los adversarios del Emperador y cómplice de una guerra general y permanente; y que él no

¹ Nueva hist. de la Igl. crist. lib. II, p. 261 sig.

² Ibid. p. 339-47, con la respuesta del Papa.

podia ni queria declarar la guerra al Gobierno británico, de quien no habia recibido ofensa alguna. «Siendo el ministro de paz, decia, y el representante del Dios de la paz, muy léjos de comprometerse á lo que se le pedia, debia invocar al cielo, y no dejar nunca de implorarlo para obtener el término de la guerra y la vuelta de la concordia y del reposo universal.» Irritado Napoleon con semejante repulsa, contestó que el Papa, á pesar de su impotencia, habia amenazado al Emperador, como si fuera otro Gregorio VII, y que sin duda creian en Roma, al ver una longanimidad tan contraria á sus hábitos y á su carácter, que temia los rayos del Vaticano. El Pontífice contestó, á su vez, negándose á reconocer, sin condicion, á José Napoleon como rey de Nápoles. «Si Vuestra Majestad, escribia al Emperador, está convencido de su poder, Nos sabemos que sobre todos los monarcas de la tierra hay un Dios vengador de la justicia y la inocencia, á quien están sometidas todas las potestades humanas.» La respuesta de Napoleon fue presentar seis nuevas peticiones (7 de enero de 1808), que equivalian á una declaracion de guerra ¹. En efecto, inmediatamente despues, el general Miollis pidió libertad para atravesar los Estados pontificios, para ir á Nápoles con seis mil hombres, y le fue concedida (febrero de 1808). Mas no contento el General con atravesar los Estados de la Iglesia, entró en Roma, se apoderó de todos los puestos, puso guarnicion en el castillo San Angelo y mandó asestar ocho cañones contra el Quirinal. El Papa protestó por medio de una nota que se remitió á todos los embajadores extranjeros presentes en Roma. Retiráronse los cañones; pero los actos de violencia siguieron del mismo modo. Los franceses se apoderaron del correo y de todas las imprentas, incorporaron las tropas papales al ejército imperial, y enviaron á Mantua á los oficiales recalcitrantes. Cuatro cardenales fueron conducidos á Nápoles como reos de Estado; otros diez desterrados de Roma; la guardia suiza fue desarmada delante del palacio pontificio, y la guardia noble encerrada en el castillo San Angelo. El secretario de Estado del Papa reprodujo sus quejas; el embajador francés contestó que se estaban sufriendo solo las consecuencias de la negativa dada al Emperador, que no renunciaria nunca al proyecto de reunir toda

¹ Nueva hist. de la Igl. crist. p. 397 sig.

la Italia en una liga ofensiva y defensiva, con el objeto de librarla de la guerra y los desórdenes. «El Santo Padre, decia, protesta con esta negativa que no quiere hacer la guerra al Emperador, y al mismo tiempo se la declara. Pues bien, la primera consecuencia de la guerra es la conquista, y la primera consecuencia de la conquista el cambio de gobierno en los Estados conquistados; sin embargo, este cambio, añadia, no le privaria de sus derechos espirituales; el Papa continuaria siendo el Obispo de Roma, como lo fueron sus predecesores durante los ocho primeros siglos y en tiempo de Carlo Magno; el Emperador se condolia de ver destruida por la sinrazon, la terquedad y la ceguera, la obra del genio, de la política y de la civilizacion.» Pio VII contestó que él no podia impedir que el Emperador fuese sordo á la voz de la justicia, que se apoderase de los Estados de la Iglesia por derecho de conquista, y que se destruyese su Gobierno; mas al propio tiempo declaraba solemnemente que no podia haber lugar á la conquista, supuesto que vivia en paz con el mundo entero; que en consecuencia aquello no seria mas que una violenta é inaudita usurpacion; que, por otra parte, el querer destruir la Santa Sede, no era querer destruir la obra del genio, de la política y de la civilizacion, sino la del mismo Dios, de quien deriva todo poder, y particularmente el que se dió al Jefe de la cristiandad para el bien de la Religion; y que, en todo caso, el Papa, sumiso y adorando los decretos de la Providencia, se consolaria con el pensamiento de que Dios es el Señor soberano, y que todas las cosas se someten á su voluntad divina cuando llega el momento fijado por él para su cumplimiento (19 de abril).

En medio de estas negociaciones, tan altivas por una parte y tan dignas por otra, prevaleció el decreto de Napoleon, que declaraba las provincias de Urbino, de Ancona, de Macerata y de Camerino, irrevocablemente y para siempre incorporadas al reino de Italia, y que disponia que todos los cardenales, prelados y dependientes de la corte romana volviesen á dicho reino de Italia antes del dia 25 de mayo ¹ bajo la pena de confiscacion de todos sus bienes. Esta última medida envolvia la intencion de disolver completamente el colegio de los cardenales, supuesto que veinte

¹ Nueva hist. de la Igl. crist. lib. III, p. 436 sig.

y cuatro de ellos habian sido deportados. En vano se lamentó el Papa de que el poderoso Monarca á quien habia confiado antes, al pié de los altares, el cetro y la mano de la justicia, lo despojase, con desprecio de toda especie de derechos, de la mejor parte de sus Estados: su reclamacion fue estéril; el Emperador persistió en sus violentas medidas. Habiéndose mostrado el gobernador de Roma, Cavalchini, poco complaciente, fue enviado á la fortaleza de Fenestrelle; el cardenal Gabrielli, secretario de Estado, sorprendido inopinadamente en el palacio del Gobierno, vió rotos sus escudos de armas, arrebatados sus papeles de Estado, y fue conducido á su obispado de Sinigaglia; y el cardenal Cappa, nombrado en su lugar, fue arrestado á su vez. Al saberlo el Papa, fué á encontrarlo y lo llevó al Quirinal, firmemente resuelto á compartir la cautividad con su ministro. Colocáronse, en efecto, inmediatamente avanzadas al rededor del palacio, y todos los que entraban ó salian eran severamente registrados. Se creó un diario romano, que llenaron de injurias cotidianas contra el Gobierno pontificio; se formó un consejo de guerra para juzgar y condenar á muerte á los súbditos pontificios que no querian sujetarse á la ley francesa, y muchos fueron, en efecto, ejecutados á la misma vista de su legítimo Soberano; por último, un decreto, fechado en Viena (17 de mayo de 1809), unió al imperio francés lo demás de los Estados de la Iglesia ¹, determinó que el Papa recibiria una renta de dos millones de francos y conservaria sus propiedades y palacios, y declaró á Roma ciudad libre é imperial. Ejecutóse este decreto el 10 de junio, y el Papa firmó inmediatamente una protesta en italiano, que se fijó durante la noche siguiente en Roma; al mismo tiempo, siempre digno é inflexible en su deber, dió al cardenal Cappa las órdenes convenientes para la expedicion de la bula de excomunion, recomendando mucha prudencia á los que debian ejecutarla. Algunas horas despues la bula se hallaba fijada, en medio del dia, en las puertas de las tres iglesias principales de Roma ². Pronunciábase excomunion contra los que ejercian actos de violencia en los Estados de la Iglesia; pero al mismo tiempo, se

¹ Nueva hist. de la Igl. crist. lib. III, p. 482 sig.

² Ibid. p. 488, y Memor. de Pacca sobre S. S. Pio VII, lib. I, p. 28 sig., y p. 114 sig. el texto de la bula.

prohibia á los súbditos pontificios y á todos los pueblos cristianos tomar esta excomunion como motivo ó pretexto para atacar, de cualquier modo, los bienes ó derechos de aquellos á quienes se dirigia. Habiendo preguntado los romanos si podrian, segun esto, conservar las funciones que los franceses les habian confiado, se decidió, conforme al parecer del Santo Padre, que se podia estar en relaciones con los que la bula de excomunion tenia por objeto, porque no se les designaba en ella mas que en términos generales, sin nombrar ninguna persona en particular. Respecto de la ejecucion de la sentencia de la Iglesia, se dejaba al soberano Juez de reyes y pueblos.

Al mismo tiempo que se burlaba Napoleon de la excomunion ¹, se opuso á la promulgacion de la bula, que excitaba considerable interés en todos los paises de la cristiandad, y mandó insertar en *El Monitor* una exposicion de los principios de la Iglesia galicana, segun los cuales se niega al Papa el derecho de excomulgar á un soberano, especialmente al de Francia. Habíase retirado el Pontífice en el interior del palacio, cuyas principales entradas habia hecho tabicar; mas en la noche del 5 al 6 de julio los franceses penetraron á viva fuerza. Un profundo respeto embargó al general Radet cuando, al acercarse al Santo Padre, lo encontró vestido con sus hábitos pontificios, tranquilamente reclinado en un sillón y con los cardenales Pacca y Despuig á su lado. «Á este aspecto, dice el General, sentí como calofrío, y un involuntario respeto contuvo mis pasos ².» Conforme á las instrucciones que llevaba, pidió Radet que el Papa renunciase definitivamente á la soberanía temporal; pero Pio VII le contestó: «Hasta el presente nada he hecho sin haber invocado antes las luces del Espíritu Santo; prefiero morir á abdicar.» Habiéndole manifestado entonces el General que, en caso de no obtener de él aquella abdicacion, tenia orden formal de conducirlo fuera de Roma, el Pontífice guardó silencio, esperando que en aquel trance no le faltarian las ora-

¹ En una carta al Virey de Italia decia: «¿Ignora acaso cuán cambiados están los tiempos? ¿Me toma por un Ludovico Pio? ¿Cree tal vez que sus excomuniones harán caer las armas de las manos de mis soldados?»

² Relacion exacta y detallada del rapto del papa Pio VII, por Radet. Véase Nueva hist. etc., p. 499 sig. Pacca, p. 93 sig.

ciones de la catolicidad, lo mismo que no habian faltado á san Pedro las de los primeros cristianos mientras habia estado en la cárcel. Tomando en seguida su breviario, bajó las escaleras, apoyado en el mismo Radet. Habiéndole permitido el General que confiara sus objetos preciosos á quien quisiera, contestó el Papa que quien tan poco se inquietaba por la vida, menos se deberia inquietar por los tesoros de este mundo. El cardenal Pacca entró con el Papa en un coche cuyas cortinas estaban echadas y las portezuelas cerradas con llave. Sin perder un instante llevaron al augusto é invencible anciano á Florencia, Turin y Grenoble, donde se recibió orden de volverlo á Savona, atravesando el Delfinado y la Provenza, despues de haberle hecho recorrer el penoso camino del Piamonte. En Valencia de Francia tuvo Pio VII el consuelo de bendecir el sepulcro de su predecesor. Entre tanto el cardenal Pacca habia sido separado del lado del Papa y conducido á la fortaleza de Fenestrelle, situada en los Alpes que separan el Piamonte del Delfinado ¹. En Savona, el Santo Padre, rigurosamente custodiado en la casa de la prefectura, y no pudiendo dar audiencia á nadie sino delante de un centinela de vista, rehusó todo el aparato de que se le queria rodear, y todas las comodidades de la vida que le habian dispuesto. Viviendo con poco, asiduo en la oracion y esperándolo todo de Dios, declaró que nada aceptaria de la mano de aquel que habia arrebatado los bienes á la Iglesia, prefiriendo vivir de las limosnas de los fieles. Con igual energía rechazó la proposicion, muchas veces renovada, de renunciar al gobierno de Roma, y de ir, con una pension de dos millones, á vivir en París, en el palacio arzobispal ².

El día que prendieron al Papa fue el de la batalla de Wagram,

¹ *Pacca*, lib. II, p. 18-120. Nueva hist. de la Igl. crist. lib. III, p. 303 sig.

² El mismo Napoleon confesó que uno de sus proyectos favoritos era quitar al Papa el poder temporal y trasladarlo á él á París. En Santa Elena decia todavía: «El establecimiento de la corte romana en París hubiera dado muy buenos resultados para la política. La influencia del Papa sobre la España, la Italia, la Confederacion del Rhin y la Polonia, habria consolidado el lazo federativo del grande imperio. La influencia del Jefe de la cristiandad sobre los católicos de Inglaterra, Irlanda, Rusia, Prusia, Austria, Hungría y Bohemia, habria sido con el tiempo patrimonio de la Francia.» Estas palabras nos hacen comprender el por qué las cosas llegaron á una escision abierta.

ganada por Napoleon. Aprovechándose el Emperador de esta fortuita circunstancia, pidió por medio de una circular dirigida á los Obispos de Francia, que se celebrara con una solemnidad religiosa aquel dia, en que parecia que Dios habia querido sancionar su conducta con el Papa, favoreciendo sus armas de un modo tan evidente. Para justificar las medidas tomadas contra Pio VII, recordó á los Obispos que Jesucristo, aunque de la estirpe de David, no habia querido tener reino en este mundo, y, al contrario, habia mandado á los suyos que, en las cosas temporales, obedecieran al César y á sus leyes. En diciembre de 1809, el Emperador llamó á París á los cardenales que estaban aun en Roma. Mandó igualmente que se trasladaran allí los archivos de las diferentes autoridades eclesiásticas, que se colocaron en el palacio Soubise. De entre los cardenales recién llegados, trece cayeron luego en la desgracia del Emperador, que les prohibió llevar las insignias del cardenalato, y les previno que en adelante no se presentaran en público sino vestidos de negro (¡los cardenales encarnados y negros!) y al poco tiempo los confinó á diversas ciudades de Francia. Por entonces fue cuando, habiendo encontrado la carta en que Luis XIV revocaba el edicto relativo á las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana, de 1682, la echó al fuego diciendo: «Ese puñado de ceniza ya no turbará mas nuestro reposo ¹.» Pio VII, tan firme en su destierro como sobre su trono, rehusó, lo mismo que en Italia, la institucion canónica á los obispos nombrados por Napoleon, porque en su cautiverio se hallaba privado del consejo de los cardenales. De aquí resultó que todas las sedes episcopales vacantes quedaron desocupadas, y se empezó á temer, especialmente en las provincias germánicas, que la Iglesia tuviera mucho que sufrir por la falta de pastores, y que llegaria quizás el episcopado á extinguirse en ellas. Para eludir la dificultad y evitar aquel peligro, se imaginó el singular expediente de que el Papa diese á los obispos nombrados por Napoleon la institucion canónica, sin hacer mencion del nombramiento imperial y sin declarar que se daba de buena gana. Semejante subterfugio, de que se habia hecho intérprete el cardenal Capra-

¹ *De Pradt*, Hist. de los cuatro Concordatos, t. II, cap. 31. *Pacca*, t. II, p. 10 sig.

ra, fue enérgicamente desechado por el Pontífice (26 de agosto de 1809). Una vez abortado este proyecto, Napoleón, convertido en teólogo, á semejanza de los Emperadores de Oriente, creó, bajo la presidencia del cardenal Fesch (16 de noviembre), una comisión eclesiástica, que aumentó extraordinariamente la confusión¹. Propuso, á insinuación del cardenal Maury, al presentar su respuesta á las preguntas que se le habían dirigido, poner en práctica algunos de los artículos orgánicos, en particular el XXXVI, relativo á la autoridad permanente de los vicarios generales durante la vacante de las sillas episcopales; artículo contrario al concilio de Trento. Consintió en ello Napoleón, sobre todo cuando vió que semejante medida le proporcionaba el medio de inutilizar el derecho del Papa, y de establecer, sin necesidad de la institución canónica², en la administración de las diócesis los prelados que él hubiere nombrado para el episcopado. En efecto, á la muerte del Arzobispo de París, designó para sucederle á Maury, que se prestó á las miras del Emperador, se hizo elegir vicario general y administrador de la diócesis por el cabildo metropolitano, y tomó posesión de la diócesis en esta calidad. Lo mismo sucedió en Florencia. El cardenal Maury mismo participó al Papa su nombramiento; mas este le dirigió, así como á la catedral de Florencia, un breve concebido en términos graves y dignos, que recordaba que el segundo concilio ecuménico de Lyon, el de Trento y muchas bulas pontificias prohibían elegir vicario capitular al que fuera electo para obispo. Al saber el Emperador esta protesta, se puso fuera de sí, y resolvió hacer sentir al Papa los efectos de su cólera. Se le quitaron todos los libros y papeles que tenía, y hasta las plumas y el papel, y el prefecto de Monténotte le notificó la prohibición de comunicarse con ninguna iglesia ni con ningún súbdito del Emperador, so pena de ser tratados, él, la iglesia y el súbdito, como culpables de rebeldía contra el Emperador. Era preciso, en fin, decían, que el que predicaba la rebelión y cuya alma estaba llena de hiel, dejase de ser el órgano de la Iglesia. Napoleón se creyó bastante fuerte para ejecutar lo que no habían osado

¹ El abate *Lionnet*, el cardenal Fesch, arzobispo de Lyon, etc. Lyon, 1841.

² Nueva historia de la Iglesia cristiana, lib. III, p. 12 sig. *Pacca*, t. III, p. 12 sig.

sus predecesores y para deponer á un Papa. Sin dejarse intimidar Pío VII por estas amenazas, contestó: «Pondré estas amenazas al pie de la cruz, y dejaré á Dios el cuidado de vengar mi causa, que es la suya.» Viendo el Emperador que se iban á comprometer su propia dignidad y la paz de sus Estados, si no conseguía restablecer el orden en los asuntos eclesiásticos tan desventuradamente conturbados con actos violentos é irreflexivos, creó un nuevo consejo eclesiástico (marzo de 1811), al cual hizo las siguientes preguntas:

1.º ¿Á quién hay que dirigirse para obtener las dispensas necesarias, cuando haya cesado toda comunicación entre los súbditos del Emperador y el Papa?

2.º ¿Cuál es el medio legal de procurar la institución canónica á los obispos nombrados por el Emperador, cuando el Papa se niega á expedir las bulas necesarias?

El consejo eclesiástico, en vez de manifestar al Emperador que no podía terminar los desórdenes originados del rompimiento de las comunicaciones, sino poniendo al Papa en libertad, distinguió entre las leyes generales y las especiales de la Iglesia, y declaró que, respecto de las primeras, no existía ningún medio de obtener las dispensas en cuestión; y en cuanto á las segundas, aseguró que los fieles podían dirigirse á sus obispos. Por lo que hace á la segunda pregunta, reprobó la conducta del Papa, y propuso que se añadiera al Concordato de 1801 una cláusula por la cual se obligara el Pontífice á dar siempre la institución dentro de un plazo determinado. En caso de negativa, se proponía convocar un concilio nacional, después de haber hecho conocer al Papa, por medio de una diputación, la situación de las cosas. Reunió el Emperador á los cardenales y obispos del consejo eclesiástico, y á los consejeros de Estado y dignatarios de la Corona, y pronunció un violento discurso contra el Santo Padre. Solo el abate Emery tuvo valor para declarar abiertamente que el concilio, cuya convocación proyectaba el Emperador, no tendría ninguna autoridad, si estaba separado del Papa ó era desaprobado por él. Pareció que el Emperador no se ofendía de esta franqueza; sin embargo, por medio de una circular concebida en el estilo imperativo y lacónico con que hablaba á sus soldados, convocó en París (25 de abril de 1811) un

concilio nacional, compuesto de todos los obispos franceses é italianos¹. Se mandó al mismo tiempo que fuera una diputacion de obispos á Savona, para declarar al Papa, que el Emperador queria renovar el Concordato de 1801, con la condicion de que el Papa concederia á los obispos ya nombrados la institucion canónica, y consentiria en la adiccion de una cláusula concebida en estos términos: «Si dentro de tres meses el Papa no ha expedido la bula «de institucion canónica, podrá el metropolitano darla á su obispo sufragáneo, y *vice versa*;» que por lo demás el Papa podria volver á Roma si consentia en prestar el juramento de fidelidad y obediencia al Emperador, prescrito á los Obispos por el Concordato; y que si se negase á ello, residiria en Aviñon con una renta de dos millones, seria tratado como un soberano, tendria cerca de sí embajadores de todas las potencias cristianas, y ejerceria sin obstáculo su jurisdiccion espiritual; pero que en todo caso estaria obligado á declarar que nada maquinaria contra las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana. Habiendo presentado los Obispos al Santo Padre un cuadro horroroso de los males que podrian originarse de su negativa, prometió, al fin, dar la institucion canónica á los obispos nombrados por Napoleon, extender á las iglesias de Toscana, Parma y Plasencia el Concordato de 1701, y añadir en él la cláusula pedida, extendiendo, empero, á seis meses el término para la institucion, y añadiéndole estas palabras: «si el Papa se niega á «darla por cualquier motivo que no sea la indignidad personal del «individuo.» Aprovechándose los Obispos de aquel instante de debilidad, redactaron la promesa delante del Papa, que la reconoció como emanada de sí, pero sin firmarla. Gozosos los prelados se volvieron á París, y Pio VII siguió en Savona, entregado á la mas amarga tristeza². Declaró, empero, que los artículos en que se habian convenido no eran ni un tratado, ni un preliminar de tratado, y que no se debia ver en ellos mas que una prueba de su celo por restablecer la concordia.

El dia 17 de junio del mismo año, el cardenal Fesch abrió so-

¹ *Pacca*, Memor., etc., lib. III, p. 34-42.

² *Pacca*, t. III, p. 42 sig. Nueva hist. de la Igl. crist. lib III, p. 512 sig. *Melchers*, el concilio nacional de París de 1811, acompañado de documentos auténticos. Munster, 1814.

lemnemente el concilio en París, segun el rito ordinario¹. El abate de Boulogne, obispo de Troyes, pronunció un discurso, encajinado á demostrar el influjo de la religion católica en el órden social y la prosperidad de los Estados. Despues de la misa del Espíritu Santo, se leyó el Símbolo, y todos prestaron el juramento de fidelidad al Papa. El mensaje dirigido por Napoleon al concilio ofrecia una singular contradiccion con este juramento, y los debates para la respuesta á la comunicacion del Emperador promovieron largas y graves disensiones. Algunos prelados pedian que ante todo se le pidiese pusiera al Papa en libertad. Gaspar Maximiliano, baron de Droste-Vischering, obispo sufragáneo de Munster, fue el primero que formuló esta proposicion, la cual apoyaron el obispo de Chambery, Ireneo de Solly, y el Arzobispo de Turin: los prelados cortesanos la combatieron, porque habia de disgustar, segun ellos decian, al Emperador; pero á su vez fueron enérgicamente impugnados cuando, en la sesion del 27 de junio, quisieron que en la respuesta se hiciera mérito de la institucion canónica y de los cuatro artículos del clero galicano. Como no pudieron conseguir entenderse, la respuesta, en lugar de ir firmada por todos los Obispos, no lo fue mas que por el presidente y el secretario. Disgustado Napoleon, no quiso recibir ni la respuesta ni á la diputacion del 30 de junio, encargada de presentársela. Despues de estas discusiones preliminares, debia pasar el concilio al objeto principal de su convocacion, y examinar por qué medios se podrian suplir las bulas pontificias relativas á la institucion canónica de los Obispos. La comision preparatoria, reunida en casa del cardenal Fesch, decidió desde luego, por mayoría de votos, que el concilio era incompetente para suplir aquellas bulas, aun provisionalmente y en caso de urgencia. La comision dió su dictámen en la sesion del 10 de julio, y refirió los motivos que la habian decidido á pronunciarse por la incompetencia del concilio. Los obispos adictos al Emperador lo impugnaron, y se refirieron para ello á las concesiones hechas por el Papa en Savona; mas estaban en minoría, y no pudieron hacer prevalecer su opinion, sobre todo porque faltaba la firma del Santo Padre en la promesa

¹ Véase la declaracion misma de *Gaspar Maximiliano* (en *el Católico*, 1823, t. XV, p. 352-55).